

que examinaria con mucho cuidado proposiciones serias y concretas, pero que no queria que la Italia sirviera de bú contra el Austria y que no hacia nada sin la aprobacion de Napoleon, cuyas intenciones tenia tambien la Prusia gran interés en averiguar. A la pregunta que le hizo Nigra en Paris contestó que no precipitara nada, pero que el emperador no opondria ningun obstáculo á la libre decision de Italia, y por lo demás, añadia Nigra que habia cesado Napoleon de ambicionar la frontera del Rhin y que mostraba gran repugnancia á toda guerra, lo que no excluía que considerara la lucha entre Prusia y Austria como un suceso muy favorable, en el cual la Francia no podia salir sino gananciosa en aquellos momentos en que estaba muy conmovida su posicion política europea. Por esto fué un amargo desengaño para Napoleon y para el gobierno italiano el convenio de Gastein del 14 de agosto de 1865, que cerró bien ó mal las grietas que, segun expresion de Bismarck, se habian abierto en las relaciones entre las dos potencias alemanas. Drouyn de Lhuys expresó en una nota del 29 de agosto en términos muy vivos el disgusto que en las Tullerías produjo este nuevo giro de los sucesos, diciendo que el convenio prescindia así de los tratados como del derecho hereditario, del principio de las nacionalidades y de la voluntad del pueblo, no reconociendo mas base ni justificacion que la fuerza bruta y la conveniencia de las dos potencias. Añadia que el Austria y la Prusia renovaban así una conducta á la cual la Europa no estaba ya acostumbrada y de la cual solo se encontraban ejemplos en las épocas mas lamentables de la historia. Estas criticas no se referian tanto á la venta del Lauenburgo como al hecho de que el convenio no decia ni una palabra de la restitucion de los distritos mas septentrionales del Schleswig á la Dinamarca, atendido que Napoleon no tenia que objetar nada contra la venta del Veneto. Bismarck comprendió la importancia que para Napoleon tenia la omision de la restitucion de los distritos septentrionales, á la cual nunca se habia opuesto, y se apresuró tambien entonces á dar en Paris explicaciones tranquilizadoras (1). Mas duradero fué el disgusto producido en Florencia, donde Lamármora se decidió á enviar á Viena al conde de Malaguzzi para ofrecer mil millones de francos por la cesion de Venecia. La inutilidad de estos esfuerzos, y por otra parte la disposicion mas favorable á la Prusia que prevaleció en Paris, produjeron en Florencia una nueva aproximacion á la Prusia. Lamármora, sin embargo, jamás llegó á vencer la desconfianza que le inspiraba Bismarck, pues que confesó que en el fondo él tambien jugaba con dos barajas con la Prusia y que de buena gana se hubiera servido de la alianza prusiana como espantajo para atemorizar al Austria y disponerla á ceder la Venecia.

Bismarck, despues de haber quedado borradas un tanto las impresiones desfavorables causadas por el convenio de Gastein, emprendió otro viaje á Biarritz, propuesto ya antes y suspendido despues, y esta vez encontró una acogida mas favorable en aquellos baños que el año anterior. Fuentes francesas dicen que Bismarck hizo saber anticipadamente á Napoleon que su objeto era la incorporacion á la Prusia de las partes alemanas del Schleswig-Holstein, la cesion á la Dinamarca de los distritos daneses, el redondeamiento de la Prusia, la formacion de una confederacion del Norte y el cambio de los Principados danubianos por el Veneto. Añaden las mismas fuentes que hizo entrever la anexion de Bélgica y del Luxemburgo á la Francia; que manifestó pensamientos análogos en los paseos que dió con el emperador por la playa y en las conversaciones que tuvo en el mirador

(1) Rothan, pág. 27.

de la quinta imperial, y que Napoleon quedó sorprendido de la extravagancia de los planes de Bismarck. Merimee asegura que el emperador, al apoyarse en su brazo como solia, le miró sonriendo, y que le dijo una vez al oido: «¡Si estará loco!» al oír las observaciones de Bismarck. Este, no obstante, produjo en realidad grande impresion, y acaso fué el juicio de Napoleon poco mas ó menos el mismo de Merimee cuando escribió á Panizzi: «Me ha parecido persona muy atenta, mas inteligente que suelen ser los alemanes, algo como un Humboldt diplomático. Me ha conquistado (2).» Esta vez no se llegó, como en otra época en Plombières, á arreglos definitivos; Bismarck no trataba de obtenerlos porque habria tenido que soltar prendas respecto del aumento territorial de Francia, y Napoleon quiso conservar completa libertad para no atemorizar al Austria tomando partido decidido por la Prusia, é impidiendo así una guerra que para Napoleon debia ser una suerte inesperada, «de la cual podia esperar mas de una ventaja (3).» No dudó Napoleon de la superioridad de las armas austriacas y por lo mismo consintió de muy buena gana en una alianza entre la Prusia é Italia, que en el concepto de Bismarck fué probablemente el objeto principal de las conversaciones de Biarritz, estando seguro de que Víctor Manuel no efectuaría esta alianza sin el permiso de Napoleon. Por esto quedó plenamente satisfecho el diplomático prusiano, al partir de Biarritz, de que podria contar con que Napoleon daria su permiso al rey de Italia. A su paso por Paris expresó en su conversacion con Nigra su conviccion de que la guerra con el Austria era inevitable, y aludiendo á la Italia, dijo que si no existiera, seria menester inventarla (4).

No obstante, por aquel tiempo Napoleon favoreció una aproximacion de la Italia al Austria, en apariencia incompatible con la alianza prusiana. Ninguna parte tuvo en la mision infructuosa de Malaguzzi, que habia sido enviado á Viena sin su conocimiento (5); pero en cambio se esforzó en facilitar una inteligencia entre la Italia y el Austria en asuntos de aduana á instancia del conde de Mensdorff, ministro de Negocios extranjeros del Austria, al cual quizás impulsó á dar este paso la noticia de las negociaciones existentes para un tratado de comercio entre la Italia y la Union aduanera alemana. La diplomacia francesa aceptó muy diligentemente la mediacion y dejó entrever que las consecuencias ulteriores podrian ser quizás el reconocimiento de Italia y la negociacion sobre la cuestion de Venecia. A mayor abundamiento recomendó Nigra al presidente del ministerio italiano en esta ocasion el desarme y la renuncia por cierto número de años á la adquisicion de Venecia, á cuyo asunto podria volverse otra vez cuando estuviera organizada la administracion interior y mejorada la situacion de la hacienda. Atendidas las relaciones estrechas que conservaba Nigra con las Tullerías, pudo suponerse que esto correspondia al programa del emperador, que por lo mismo debia ser contrario á la alianza pruso-italiana; y el mismo Lamármora lo comprendió así, por lo cual se decidió á reducir el presupuesto de la guerra, reduccion por otra parte que la situacion de la hacienda exigia imperiosamente. Pasar mas allá en sentido del supuesto programa de Napoleon, le hubiera sido imposible so pena de excitar al parlamento contra el gobierno. Además le apartó de semejantes intentos la actitud solícita de Bismarck, el cual habia vuelto á emprender

(2) Merimee, tomo II, págs. 321 y 141; Rothan: *Politique française en 1862*, tomo I, pág. 41.

(3) Expresion de Walewski en el escrito de Rothan, tomo I, página 58.

(4) Lamármora: *Un poco mas de luz*.

(5) Lamármora, pág. 49.

las negociaciones relativas al tratado de comercio de Italia con la Union aduanera inmediatamente despues de su viaje á Biarritz, y entretanto el rey Guillermo habia enviado al rey Víctor Manuel la órden del Aguila negra, que le fué entregada solemnemente el 28 de enero de 1866. El 12 de

marzo fué ratificado en Berlin el tratado comercial, con lo cual quedó reconocida la Italia por todos los Estados de la union aduanera. Al mismo tiempo el ministro de Prusia invitó al de Italia, por mediacion de los dos embajadores en Paris, á enviar á un general á Berlin con el cual se pudiera



El general Menabrea (segun fotografia)

concertar lo necesario para el caso de una guerra contra el Austria, y prometió enviar tambien á un general prusiano á Florencia, que segun se lisonjeó Lamármora, seria el mismo general Moltke, el jefe del estado mayor prusiano.

Las relaciones entre Prusia y Austria volvieron á tomar por aquel tiempo un carácter amenazador. A consecuencia de la tolerancia con que el general Gablenz, gobernador austriaco de Holstein, trataba entonces al partido del duque de Augustemburgo, Bismarck manifestó al gabinete de Viena, en 26 de enero de 1866, que la situacion respectiva de las dos potencias habia llegado á un punto decisivo; que la Prusia se hallaba hostilizada por los trabajos revolucionarios

que favorecia Gablenz en el Holstein, territorio confiado á la lealtad del Austria; que necesitaba que el gobierno de Viena declarase francamente si queria ó no marchar unido á la Prusia, y que si no quisiera marchar de acuerdo, la Prusia haria el uso que le conviniera de su libertad de accion. El conde de Mensdorff rechazó en términos decisivos, en 7 de febrero, la exigencia de la Prusia, con lo cual quedó hecho el rompimiento. Bismarck declaró al embajador austriaco que consideraba rotas las relaciones cordiales que la guerra dinamarquesa habia engendrado entre los dos Estados, y que las relaciones entre ambas potencias habian vuelto á ser las mismas que existian entre la Prusia y cualquiera otra po-

tencia extranjera. El gobierno de Prusia sometió otra vez la cuestión de si era menester prepararse á la guerra á un consejo solemne presidido por el rey, en 28 de febrero, y en el cual tomaron también parte, además de los ministros, el príncipe heredero, el embajador prusiano en París y los militares más influyentes, como Moltke y Manteuffel. La resolución fué negativa, pero al mismo tiempo se invitó al gobierno italiano á enviar á un general á Berlin para conferenciar, y por otra parte el gobierno prusiano contestó á una petición de algunos nobles del Schleswig-Holstein, que la anexión de su país á la Prusia parecía á ésta la solución más conveniente.

Napoleon se mostró muy satisfecho del giro que llevaba la cuestión. Quizás había dudado de la formalidad de Bismarck bajo la impresión que debió de producirle la inesperada reconciliación de Gastein, por cuyo motivo animó al gobierno italiano á negociar con el Austria; pero á la sazón recomendó en Florencia que se aceptara la invitación de Berlin, y por esto no debió de gustarle que el gobierno italiano volviera justamente entonces á remover de nuevo el cambio de Venecia por la Rumanía, que el mismo Napoleon acaso había deseado antes. El motivo que tuvo el gobierno italiano para volver á esta cuestión, fué que una conspiración había obligado en 24 de febrero al príncipe Cusa á abdicar y se había nombrado en Bucarest un gobierno provisional. Nigra propuso aprovechar este suceso en beneficio de Italia, y autorizado telegráficamente por Lamármora, solicitó en 28 de febrero la cooperación del emperador. Napoleon se mostró muy sorprendido y objetó (1) que el Austria probablemente no aceptaría la proposición. No obstante, prometió sondear primero al gabinete inglés y aconsejó que no se rechazara por esto la inteligencia ofrecida por la Prusia. Siguiendo este consejo, envió Lamármora al general Govone á Berlin, el cual tuvo en 14 de marzo una primera entrevista con Bismarck. El general italiano, creyendo casi seguro el buen éxito del proyecto de cambio de la Rumanía por el Veneto, del cual Lamármora le había enterado, miró su misión principalmente desde el punto de vista de la conveniencia de excitar los recelos de la corte de Viena y facilitar así su renuncia á Venecia. Con este motivo quiso ganar tiempo antes de aceptar compromisos con la Prusia, á cuyo fin aprovechó la declaración de Bismarck de que no podía esperar el comienzo de las hostilidades hasta dentro de algunos meses. La Prusia, en efecto, según dijo Bismarck, consideraba cuestión más preferente la de reorganización de Alemania que la de Schleswig-Holstein, y por lo mismo necesitaba tiempo para preparar diplomáticamente aquel asunto. Govone contestó que no estaba autorizado para contraer por entonces compromisos para contingencias lejanas y que tenía que pedir nuevas instrucciones para esto. Al mismo tiempo temió que Bismarck jugara como él jugaba con dos barajas, y que únicamente pidiera la formalización de la alianza para ejercer presión sobre el Austria y conseguir de ella la cesión de los ducados del Elba. No obstante, consideró la situación de Italia en este asunto más favorable que la del diplomático prusiano, y dijo con gran confianza en su comunicación á Lamármora que esperaba que «esta vez el áspid mordería al juglar (2).»

Tres días después de su primera conversación con Bismarck, en 17 de marzo, vió Govone destruida su esperanza

(1) Así lo refiere Nigra en 1.º de marzo (en la obra de Lamármora, pág. 112). Si más adelante en su comunicación al príncipe de Carignan, que publicó el 8 de febrero de 1877 en el *Courrier d'Italie*, dice: «El emperador recibió la proposición con mucha amabilidad,» solo pudo referirse á la forma de la conversación y no á la sustancia.

(2) Lamármora, pág. 84.

por una comunicación del embajador Nigra, en la cual éste le participaba que ni la Inglaterra ni el gobierno austriaco aceptaban el cambio de la Rumanía por Venecia. Antes de que esta comunicación pudiera llegar á Florencia, y mucho menos á Berlin, habían aumentado el recelo de Govone nuevos indicios que observó en la capital de Prusia. Supo que el rey Guillermo tenía el ánimo muy vacilante y que las personas que le rodeaban le instaban á reconciliarse con el Austria. Una audiencia que había solicitado del rey, y que le había sido concedida para el día 17, fué aplazada indefinidamente por indisposición del monarca; el mismo día contestó Bismarck con una decidida negativa á la pregunta oficial del embajador austriaco sobre si la Prusia estaba dispuesta á rasgar el convenio de Gastein y á romper la paz de la confederación, y finalmente Inglaterra ofreció justamente entonces sus servicios para mediar entre la Prusia y el Austria. Bismarck, agitado por estos obstáculos que se oponían á su política, sondeó en 19 de marzo á los italianos para saber si estaban dispuestos á declarar inmediatamente la guerra al Austria, en cuyo caso la Prusia les seguiría luego. La contestación fué negativa, con tanta más razón, cuanto que Bismarck mismo dijo que hacia la proposición sin conocimiento del rey, añadiendo solamente que para obtener la aprobación de su soberano presentaría en caso necesario su dimisión. Al día siguiente, sin embargo, abandonó todo el plan y se limitó otra vez á proponer un tratado de amistad concebido en términos muy generales, en el cual entraría la obligación de un tratado ofensivo y defensivo, que podría ya redactarse desde luego para firmarlo solo cuando se presentaran acontecimientos belicosos. Este plan fué también abandonado por Bismarck cuando los italianos le propusieron una alianza ofensiva y defensiva por dos meses, y pidió que se extendiera el plazo á tres. Fundado en esta negociación, entregó Bismarck el 27 de marzo al embajador italiano Barral, que además de Govone tomó parte en ella, un proyecto de alianza en seis artículos, que obligaba á la Italia á echar mano á las armas cuando la Prusia hubiese abierto las hostilidades, y disponía que ninguno de los dos países haría la paz sin consentimiento del otro y sin que el Austria se declarase dispuesta á ceder la Venecia á la Italia y á la Prusia otro territorio de igual número de habitantes.

En 28 de marzo declaróse Lamármora conforme con estas proposiciones, pues entretanto había recibido nuevas noticias de Nigra que destruían toda esperanza de adquisición pacífica de Venecia (3). «No se haga V. ilusiones, había dicho el emperador el día 23 al embajador Nigra, el Austria solo cederá el Veneto á la fuerza de la guerra (4).» El emperador favoreció, pues, la entrada de Italia en la guerra, pero no quiso que fuese la agresora, y dijo al príncipe Napoleon que en este caso no podría ayudar á la Italia; pero que si fuese el Austria la agresora, hizo añadir por Drouyn de Lhuys, el pasado de la Francia respondía del porvenir. En aquella conversación Napoleon había dicho además al embajador italiano que habiendo propuesto una vez al Austria la renuncia amistosa de Venecia, el emperador austriaco se había resentido diciendo que se le proponía en plena paz lo que solo podía exigírsele después de una guerra desgraciada. Al conde de Arese, que á solicitud de Lamármora había ido á Paris, dió Napoleon, «como amigo,» el consejo de firmar la alianza con la Prusia, sin que por esto aceptara

(3) Lamármora, pág. 17.

(4) Con esto desapareció de la discusión el proyecto del cambio de la Rumanía, siendo muy probable que estuviera relacionada con este cambio la candidatura del príncipe Carlos de Hohenzollern, si bien no se sabe hasta hoy la parte que en este nuevo proyecto tuvieron Bismarck y Napoleon.

ninguna responsabilidad ni menos obligación. Usó, sin embargo, un lenguaje belicoso, prometiendo su auxilio aun en el caso de que la Prusia, faltando al convenio, hiciera la paz separadamente con el Austria y de que esta potencia se echara entonces con toda su fuerza sobre la Italia.

No se sabe fijamente hasta qué punto llegaron el emperador y el embajador de Prusia en sus conferencias personales. Según indica Nigra en su comunicación del 17 de marzo, el embajador prusiano á su vuelta de Berlin preguntó á Napoleon por encargo de su gobierno cuáles serían las exigencias de la Francia en caso de un engrandecimiento de la Prusia, y Napoleon contestó que en este caso se examinaría la diferencia entre las fronteras actuales de la Francia y las del año 1814 (1). Este dato tiene trazas de verídico, pero es pura invención lo dicho por Maupas (tomo II, pág. 187, nota), según el cual el embajador prusiano había declarado en el mes de marzo que su gobierno estaba pronto á ceder el territorio situado entre el Rhin, el Mosela y el Saar y además una parte del Palatinado (que no le pertenecía), si esto fuese una condición absoluta de la neutralidad francesa. Precisamente porque Napoleon sabía que solo en una situación desesperada de la Prusia podría obtener de ella semejante aumento de territorio, fué por lo que al llegar las discusiones á este punto evitó formular sus exigencias. Si le hubiese sido ofrecido un precio tan grande como se dice que le ofreció el embajador prusiano, habría aceptado decididamente. Convencido de que solo podía tener las manos libres después de haber estallado la guerra, rechazó también las repetidas tentativas de Nigra y del príncipe Napoleon para inducirle á favor de una triple alianza entre la Francia, la Italia y la Prusia (2). «Se propone, escribía Nigra en 31 de marzo, rectificar la frontera del Rhin sin desenvainar la espada; pero la desenvainará si es necesario después de haber estallado la guerra.»

Mucho disgustó á Bismarck esta dilación falaz del emperador. En 3 de abril comunicó Benedetti (3) á su gobierno que el ministro le había recordado lo que había comunicado el embajador prusiano en París, y que había añadido que juzgaba llegado el tiempo de renovar aquellos ofrecimientos y deseaba que Francia designara las garantías que exigía. Benedetti no se hallaba en situación de contestar á esto por sí solo, porque Drouyn de Lhuys, con el cual no corría muy bien, le había dejado en la mayor ignorancia respecto de estas cuestiones, y por lo demás era personalmente de opinión que el interés de Francia exigía no apresurarse, porque el rey de Prusia estaría difícilmente dispuesto por lo pronto á conceder lo que tenía que exigirse de él. Solo después de una derrota de la Prusia, con la cual contaba el embajador con toda seguridad lo mismo que el emperador, creyeron tanto el uno como el otro que el rey de Prusia se mostraría dispuesto á hacer concesiones.

El hecho de que Bismarck en aquellos primeros días de abril volviera á dar gran importancia á una inteligencia con Francia, debe atribuirse al peligro que corrían sus planes de guerra. El convenio con Italia no estaba firmado todavía, y el embajador prusiano en Florencia notificó á su gobierno la llegada del príncipe Napoleon y la reunión de un consejo de ministros, que en opinión de aquel embajador debía tratar de una inteligencia directa entre el Austria y la Italia (4).

(1) Lamármora, pág. 114. Nigra en la citada comunicación dirigida á Carignan, añade que el emperador no había dejado continuar al embajador cuando éste mencionó la Bélgica, cuyo rey había muerto el 10 de diciembre de 1865, diciéndole que no pensaba en semejante cosa.

(2) Véase la comunicación de Nigra á Carignan.

(3) *Ma mission en Prusse*, Paris, 1871 (segunda edición), pág. 91.

(4) Benedetti, pág. 79.

Esta noticia era inexacta, pero se recibió justamente en un momento en que el partido de la paz hacia los mayores esfuerzos en favor de su propósito; el Austria había declarado solemnemente en 31 de marzo al gobierno prusiano que el emperador no tenía intención de atacar á la Prusia; también había llegado á Berlin una carta autógrafa del czar aconsejando la reconciliación, y toda la diplomacia prusiana trabajaba, según se lamentó Bismarck en 6 de abril, contra su plan (5). En esta situación fué importante que el 8 de abril se firmara el tratado de alianza entre la Prusia y la Italia, en el cual se había suprimido, á instancia del rey Guillermo, la mención de los aliados alemanes que el Austria pudiera tener y contra los cuales eventualmente debía entenderse dirigido también el tratado. Tampoco fué admitido el deseo de Italia de que se le garantizara la adquisición del Tirol italiano. Por otra parte se había negado el rey á que se llamara tratado de alianza y amistad en lugar de tratado de alianza ofensiva y defensiva, si bien el texto declaraba que las obligaciones de ambos países no eran perfectamente mutuas, pues la obligación de Italia era entrar en la guerra tan pronto como la Prusia abriera las hostilidades, y no existía esta obligación para la Prusia en el caso de que la guerra estallara en Venecia.

Aprovechó esta disposición el gobierno de Austria para suscitar nuevos compromisos al ministro prusiano, pues en 25 de abril el conde de Mensdorff ofreció retirar las fuerzas austriacas de la frontera prusiana si la Prusia desde el día siguiente redujera su ejército al estado que tenía el 27 de marzo, amenazando en caso contrario con poner en pie de guerra el ejército de Venecia, ya que cerca de Bolonia y de Piacenza se concentraban tropas italianas. Este plan, que en apariencia era amenazador para la Italia, iba dirigido en realidad contra la Prusia, pues el gabinete de Viena esperaba con este ardid engañar al rey Guillermo, cuyas intenciones pacíficas le constaban, y sembrar la discordia entre los gabinetes de Berlin y de Florencia. De este modo se aplazaría la ruptura de las hostilidades hasta más allá de principios de julio y era de esperar que después la Italia no prolongaría la alianza. Napoleon recibió al mismo tiempo de la corte de Viena las seguridades más precisas de que no se meditaba un ataque desde Venecia, por lo cual el emperador francés dió al gobierno italiano con gran insistencia el consejo de no mostrarse receloso ni menos contestar con armamentos. El gobierno italiano no pudo seguir este consejo porque se lo impedía la agitación de la opinión pública, aunque participaba de la opinión de Napoleon. En su consecuencia anunció Lamármora en una circular del 27 de abril que la seguridad del país pedía el inmediato aumento de la fuerza terrestre y marítima, y al propio tiempo el embajador prusiano en Viena recibió de su gobierno la orden de declarar que la Prusia no podía consentir que los armamentos de Italia sirvieran al Austria de pretexto para continuar también armada. Aunque en la actitud de los dos aliados hubo completo acuerdo, la conducta del Austria no dejó de causar cierta desconfianza entre ellos, pues Bismarck declaró al embajador de Italia que su soberano no se había comprometido en el tratado del 8 de abril á atacar al Austria en caso de que la guerra estallara en Italia; que el ministerio entero haría á la verdad de este ataque cuestión de gabinete, y la Italia podía confiar en la marcha irresistible de los acontecimientos (6), pero que

(5) Lamármora, pág. 133.

(6) En sus tratos con Benedetti, Bismarck no mencionó á su soberano para nada, y se limitó á decir que la Prusia estaba obligada por su honor y su interés á no abandonar á Italia. La opinión de Lamármora de que aquella obligación de la Prusia le había sido impuesta por el tratado, queda completamente refutada por el hecho de que el embajador